



HOMILÍA EN LA MISA DE CLAUSURA DEL XII° ENCUENTRO MONÁSTICO LATINOAMERICANO (EMLA)¹

*Martín de Elizalde, OSB*²

Queridos padres, hermanos y hermanas:

Es para mí ocasión de mucha alegría este encuentro eucarístico, con los representantes de las distintas comunidades monásticas, benedictinas, cistercienses y trapenses, de esta parte del mundo. Es un eslabón en una cadena de más de cuarenta años de fraternidad, expresada en la oración y la reflexión compartidas, en la comunión de las diversas tradiciones, con el tesoro de la espiritualidad benedictina y la rica diversidad de la historia y de las culturas, de las procedencias y de la misión que nos ha sido confiada. Habiendo tomado parte activa en tantos encuentros como este, hasta que fui llamado a otras tareas, espero, al renovar ahora las emociones de más juveniles entusiasmos, que podamos todos redescubrir las ilusiones de un monacato generoso, con coraje y creatividad, con responsabilidad y preparación, para hacer presente el mensaje del Evangelio, según la escuela y el lenguaje de san Benito, en medio de nuestros hermanos y en todas las culturas y lugares.

1 Homilía pronunciada en la Misa con que se clausuró el XII° Encuentro Monástico Latinoamericano (San Antonio de Arredondo, Córdoba, 30 de septiembre - 6 de octubre de 2019).

2 Obispo emérito de Santo Domingo en Nueve de Julio, Pcia. de Buenos Aires, Argentina.

Esta llamada, que es constantemente repetida por la voz de los Pastores en la Iglesia, procede del corazón mismo del Evangelio. Siempre existió una cierta tensión, entre el compromiso misionero –“vayan, anuncien, bauticen”–, y las características de silencio, pureza de corazón, audición serena y prolongada de la Palabra, que no son exclusivas de la vida monástica sino del seguimiento íntimo y fiel del Señor, pero que forman el tejido más fuerte de esta vocación. Hubo momentos en que estas tensiones fueron intensas, y todos hemos sufrido las etapas de un proceso que buscaba atender a los pedidos de la Iglesia y de los hombres, nuestros hermanos, exigidos a veces confrontativamente. Y ello, mientras intentábamos sinceramente seguir alimentándonos con la mayor fidelidad del rico acervo de nuestra tradición. Vivimos, en este sentido, tiempos más serenos, con la ayuda de quienes nos enseñaron y nos ayudaron a pensar y convertir en acciones esos principios, y sobre todo por la asistencia de la Providencia que ha querido conservar y extender la presencia monástica en las comunidades eclesiales de un mundo en expansión, aún en latitudes nuevas.

En esta celebración final del Encuentro, que se realizó bajo el lema: “*Nos amó hasta el extremo. Eucaristía y vida monástica*”, quisiera que, en el corazón de nuestra celebración eucarística, reconozcamos la presencia misteriosa, silenciosa, íntima, del Señor que nos acompaña en el camino y nos conforta con la participación de su Cuerpo y Sangre gloriosos. A este reclamo de presencia y hasta de acción, imperativamente enunciado a veces, que nos llega de la Iglesia y del clamor de la humanidad, podemos nosotros responder con humilde verdad, porque lo creemos, lo sabemos y lo hacemos: estamos presentes. Me remito a un pasaje bien conocido por todos ustedes, de un texto fundacional del monacato, la *Vita Antonii*, de san Atanasio, pastor y maestro. Allí describe el resultado de la presencia de aquel que llamamos el Padre de los monjes, en un contexto designado desde el marco evangélico. En el combate del Hijo de Dios contra el Mal, que se muestra en los ejércitos de malos espíritus, se nos dice que los sitios desérticos, vacíos, estériles, inútiles, son el refugio, la madriguera, el espacio propio, de quienes rehúyen la luz y la verdad. Es decir, domina en ellos el pecado y la tentación es más fuerte, pues la presencia eficaz de la gracia y la irradiación de sus dones no ha llegado todavía. San Antonio hace presente a Cristo, ocupa esos sitios abominables y oscuros, y vuelve lo que era *caos*, morada de pecado, teatro de enfrentamientos crueles y egoístas, en la *polis*, ordenada y civil, lugar de la *conversatio*, término que conocemos muy bien por el sentido que le atribuye la *Regla benedictina*.

El tema de este Encuentro, la Eucaristía, nos acerca entonces a la respuesta. La Eucaristía es la Iglesia, que cree, celebra, es santificada, se identifica con Cristo resucitado y agrupa a la humanidad redimida. Cuando el anuncio evangélico y la *conversatio* llegan al desierto, este se convierte en *polis*, la ciudad, no la de los griegos, sino la de Dios, la de la *conversatio* paulina, que “*está en los cielos*”. Los monjes salen al desierto, oran, sirven, celebran, y convierten esas vastas y estériles soledades en un lugar para que Dios habite en ellos y sean allí atraídos y puedan asentarse los discípulos, como en un nuevo paraíso. Es esta la primera respuesta, la primera misión: poblar el desierto con la escucha y la obediencia al Padre, con los instrumentos de las buenas obras, con la alabanza divina y la comunión fraterna, con la acogida abierta a quienes acuden, con la enseñanza de la disciplina espiritual. Es así como el caos se vuelve orden, el vicio se convierte en virtud, la búsqueda de sí en la atención al hermano, y sobre todo, en el misterio de Cristo Eucaristía, nos renovamos para estar presentes, y sin perder identidad, dar nuestro aporte. No descuidemos la importancia de la celebración eucarística, también como signo visible, que puebla las soledades y ahuyenta el mal; la celebración de los sagrados misterios, digo, acción salvífica que hace presente el sacrificio de la Cruz, y no solo el viático de la comunión.

Lo segundo es el fruto de la presencia eucarística en el desierto. Cuando los monjes hicieron algo por la sociedad y el progreso, no fue por un propósito social o cultural definido, sino como consecuencia de la comunión con Dios que lleva a la armonía en la sociedad de los hombres. Estamos en esos lugares, acompañamos a nuestros hermanos, cedemos la clave de estos instrumentos y herramientas que son la condición de la verdadera paz y del adelanto de la familia humana, llamada a la redención en Cristo.

Por último, en tercer lugar, el apartamiento, que lo sabemos bien, no nos separa ni aísla. La intensidad del encuentro con Dios nos ayuda a encontrarnos con los hermanos, sin el apoyo de los sentidos, tal vez, pero sabemos que la comunión es una de las consecuencias características, uno de los aportes más importantes y frecuentes de la vida monástica. No hay comunión sin Eucaristía, que es el centro que da fuerza y consistencia a la vida monástica. Sobre esto último quisiera concluir con una modesta invitación para que desde la nueva *polis* que supera y ordena el caos, que aleja los espíritus de la división y de la mentira, de la ignorancia y del egoísmo autosuficiente, en la edificación espiritual que nos fue confiada, recuperemos los fundamentos de una cultura verdadera y seria, como la que el monacato ha promovido en dieciocho siglos de trayecto. La solidez

de un edificio se basa en los principios sobre los que está asentada; una sociedad, igualmente, se orienta y define desde el primer propósito, y cuanto más veraz y sabiamente establecido sea este, el efecto será más fecundo y duradero. Una sociedad fragmentada, a pesar de los espejismos del progreso y de la globalización, necesita que la tradición monástica le acerque aquellos instrumentos que procuran la auténtica justicia y la felicidad plena. Un procedimiento necesario y ciertamente eficaz será redescubrir los valores de una cultura que ha sido siempre la nuestra, que ha acompañado el *credo ut intelligam*, de san Anselmo, que ha brillado con el ardor de una caridad que se convierte en contemplación, como en san Bernardo.

En la solemnidad litúrgica de Nuestra Señora del Rosario del Milagro, venerada en Córdoba desde hace siglos, invocamos la intercesión de María, *Regina monachorum*, por la familia monástica, damos gracias por este Encuentro y rogamos por un feliz viaje de regreso de todos, que nos conduzca a nuestras casas, para retomar con renovado entusiasmo por nuestra vocación, las responsabilidades que nos esperan.

mardeliz1940@gmail.com